

GESTIÓN CULTURAL COMUNITARIA: PATRIMONIO, ARTE E HISTORIAS LOCALES EN ACONCAGUA

JORGE RAZETO

El autor presenta en esta ponencia una serie de experiencias realizadas en la zona de Aconcagua relacionadas con el rescate del patrimonio local y de la memoria, en una particular alianza entre artistas y comunidades, como también la valorización de eventos históricos que siguen vivos en las localidades donde tuvieron origen.

Agradecemos la invitación y la oportunidad de compartir nuestra experiencia en este espacio. Quisiera partir diciendo que no sólo estamos aquí compartiendo nuestras experiencias desde la provincia, sino que además somos todos organizaciones no gubernamentales, somos representantes de la sociedad civil, que nos organizamos en torno a estos temas. Creo que es interesante hacer esa mención para destacar esta particularidad. Lo que yo quiero compartir hoy día son algunas reflexiones, principalmente emanadas de nuestra experiencia en el Centro de Artes y Oficios Almendral de San Felipe, desde nuestra Corporación CIEM Aconcagua.

Nosotros llevamos alrededor de ocho años trabajando y nuestro lema es “trabajar cultura”; estamos trabajando cultura en Aconcagua y más que narrar lo que nosotros hacemos, las actividades en torno a estos temas, yo creo que es interesante lo que nosotros observamos que está pasando en Aconcagua a partir de nuestro trabajo, pero también a partir de la participación de mucha otra gente que ha asumido que sobre la cultura se puede trabajar. Se trata, en el fondo, de una suerte de sistematización de nuestra experiencia y de la forma

cómo nosotros interpretamos la realidad y lo que está pasando en Aconcagua.

ACERCA DEL PATRIMONIO

Algunas premisas para iniciar esta conversación: primero decir que Aconcagua no existe por decreto administrativo alguno, no hay nada que lo refrende formalmente. Aconcagua es un referente territorial básicamente identitario, no hay una provincia, no hay una comuna, no hay nada al respecto, sin embargo, todos nosotros sabemos dónde está Aconcagua, quiénes somos, hasta dónde llegan los límites de nuestro territorio y dónde empieza el territorio de Petorca o el territorio de Quillota. Estamos muy marcados por este cuerpo físico que es el río Aconcagua, que nace del monte Aconcagua y que constituye el valle de Aconcagua y es ese nuestro principal referente identitario.

[108] Una segunda premisa tiene que ver con entender el patrimonio, no como una entidad, como algo físico que tiende a museificarse, o que debe museificarse, nosotros entendemos que el patrimonio ya no sólo es atribución de los especialistas del pasado, es decir, de nosotros, sino que tiene que ver con cómo la comunidad se apropia de él; y de la misma manera vamos a entender el arte, como una dinámica comunitaria y no sólo como una

valorización de la estética formal, sino como un proceso social que está viviendo parte de la comunidad de nuestro territorio.

El tercer componente que vamos a tomar, es la historia y la vamos a abordar no desde mirada de la historia oficial, sino desde la historia local, de cómo esta historia evidenciada particularmente por las comunidades locales, de alguna manera constituye una suerte de resistencia cultural local. Es básicamente la relación entre estos tres componentes: el patrimonio, la historia local y el arte local, lo que constituye nuestra presentación.

Un primer componente tiene que ver con la reflexión respecto de nuestro espacio cotidiano y cómo éste constituye patrimonio. El concepto patrimonio, como sabemos, hace referencia a lo que es nuestro, aquello que nos pertenece a todos, nos constituye o nos aporta cierto sentido identitario y está constituido por una cantidad importante de dimensiones, algunas de las cuales las podemos encontrar en el conjunto de tradiciones: ciertos relatos, leyendas, ritos, prácticas, historias locales y tradiciones, que de alguna manera hacen referencia a espacios de encuentro en los cuales la comunidad vive ciertos elementos comunes, rememora las bases míticas comunitarias. Creemos que son relictos de algo que hoy día resiste frente a los embates simbólicos

dominantes del sistema. Están ahí y son dinámicas concretas de la comunidad cotidiana.

Otro ámbito de este patrimonio tiene que ver con la religiosidad, lugares y prácticas asociadas a esos lugares de culto, el conjunto de creencias, espacios, prácticas oratorias y mortuorias, devociones que son espacios donde se vive la fe y la esperanza.

Junto a ello tenemos también otras formas de expresión patrimonial que podemos encontrar en la prehistoria que hace referencia a esta ampliación al sentido del tiempo y que hace sentido para aquella comunidad que reconoce que el territorio de Aconagua fue anteriormente habitado por antepasados directos nuestros a pesar de que es probable que no sean sanguíneos pero sí son territorialmente nuestros ancestros y que ellos nos han legado una parte de esa cultura a través de sus vestigios físicos y materiales, que nosotros como comunidad entendemos que es parte de nuestro patrimonio.

Así también encontramos una cantidad importante de oficios y saberes y tecnologías tradicionales que constituyen una enorme riqueza de conocimientos propios de nuestras comunidades, que en general han sufrido los embates del tiempo y de los procesos productivos modernos y que escasamente y con grandes dificultades

tiende a resistir y a sobrevivir a esta influencia de las tendencias de consumo moderno. Detrás de esas formas, hay una cantidad enorme de saberes y de conocimientos que están ahí y que de alguna manera la comunidad está interesada en ayudarlo en este esfuerzo de resistencia, a este esfuerzo por no caer en el olvido del conocimiento. Son formas maravillosas, contenidas en una parte importante de la comunidad.

También podemos reconocer, por ejemplo, otras dimensiones del patrimonio que habitualmente están y es fácil reconocerlas en torno a la arquitectura y a las grandes construcciones, pero también hay otra parte del saber y del contenido patrimonial arquitectónico de nuestra comunidad que tiene que ver con estos otros espacios de construcción y modos de habitar el territorio en torno a otra forma, que también están perdiéndose y que tiene que ver con otras formas constructivas tradicionales como el adobe, la quincha o la pirca, que a pesar de todo han sobrevivido al uso y al desuso humano.

Obviamente no podemos olvidar el territorio y el espacio aquel en el cual nos definimos como identidad y son las riquezas naturales, ambientales, de flora, fauna y de paisaje que hay en este territorio, que entendemos no sólo como un recurso notable, el cual está siendo

compartido con otros habitantes con una actitud bastante poco respetuosa, especialmente a estos habitantes de flora y fauna, que estamos muy acostumbrados a destruir.

Creo que es importante entender que en torno a estas dimensiones, algo está pasando en Aconcagua y hay una cantidad interesante de presiones comunitarias, hay una red de turismo comunitario, hay una cantidad importante de estudios, hay una serie de iniciativas que la propia comunidad está asumiendo. En parte han sido estimuladas por nuestra organización, pero que hoy día trascienden en mucho aquello que nosotros estamos haciendo y que el sentido identitario de nuestro territorio de Aconcagua está teniendo una mayor significación para nosotros, en la medida que estamos poniendo énfasis en reconocer estos componentes.

LA HISTORIA LOCAL RESISTE

Un segundo ámbito que me interesa destacar acá tiene que ver con la historia local; esta historia que de alguna manera ha intentado sobrevivir o sobrevive. No sé si ha sido un esfuerzo consciente de resistir, pero es efectivo que si permanece más allá de las influencias de la historia oficial, historia que obviamente le da a nuestra comunidad una cantidad importantísima de significados. Esa historia oficial nos da héroes, nos da villanos, conmemoraciones,

nos da protocolo, pero más allá de eso, la historia local no desaparece ante esos esfuerzos por instalar una historia compartida de carácter nacional. La historia local permanece, es parte de la vida cotidiana de la comunidad de Aconcagua, no se ha perdido.

Si bien ha habido una interacción entre estas dos visiones de la historia, claramente la comunidad continúa vivenciando dimensiones históricas que no ha olvidado y hay una cantidad importantísima de ejemplos (yo voy a contarles algunos de ellos), para ejemplificar de qué manera esta historia continúa estando presente en nuestra comunidad.

Es probable, por ejemplo, a nivel país, que muy pocos sepan ya, que hubo a fines del siglo antepasado una gran epidemia de cólera. Bueno, el cólera en Chile entró a través de un paso cordillerano al interior de la localidad de Jahuelito, en la comuna de Santa María. Para la comunidad de Santa Filomena y Jahuelito, esa historia de la epidemia del cólera todavía está presente. El lugar donde estuvo la barrera sanitaria, la comunidad lo reconoce como algo aún existente, aún los niños de dichas localidades no van a ciertos lugares porque ahí estaban las fosas comunes donde fueron enterrados una cantidad importante de esos miembros de la comunidad que murieron por esa epidemia; hubo varios

años de control en donde esa epidemia no traspasó la barrera sanitaria y no se distribuyó a otras zonas del país. Por lo tanto, el trauma por haber vivido la epidemia del cólera para los habitantes de esas comunidades es algo común, es algo real, es algo vigente, no es algo que está perdido, para ellos tiene sentido hoy día aun después de ciento y tantos años, por lo tanto estamos observando aún una vivencia en torno a los héroes, las personas. El cura que hacía las veces de comunicador entre aquellos que estaban dentro y fuera de la zona infectada está todavía en la memoria colectiva de esa comunidad, a pesar de que la historia oficial olvidó hace muchos años que en este país hubo una gran epidemia de cólera.

Otro ejemplo, el ferrocarril transandino dejó de funcionar hace ya cerca de 30 años, sin embargo en Aconcagua, en el territorio de Los Andes, las familias, la cantidad de personas que “vivieron en torno del tren transandino, continúan haciendo encuentros familiares. Hay una cantidad enorme de recuperación de historia, una cantidad increíble de relaciones familiares, de compadrazgo, que aun continúan actualizándose. Es decir, hay una historia vigente que la historia oficial claramente sepultó hace algunos años, pero que sigue estando en la memoria colectiva y sigue siendo activa en la dinámica cotidiana de una cantidad significativa

de personas de la ciudad de Los Andes y sus alrededores.

Lo mismo pasa con el tema del cáñamo; el cáñamo es la materia prima de la marihuana, pero para la historia local, es la materia prima del hilado, materia prima que dio una cantidad enorme de trabajo durante más de cincuenta o setenta años y que fue exterminada, claramente fue estigmatizada. Sin embargo, la vida de la industria SILA, “Sociedad Industrial Los Andes”, que hilaba industrialmente ese producto natural, tenía más de mil personas que se activaban alrededor del cáñamo, continúa hoy día en cierta medida vigente; las familias se siguen encontrando, ya no hay cáñamo, sin embargo la historia, esa memoria sigue estando vigente, sigue siendo una variable activa en esa comunidad.

Un último ejemplo. En San Felipe hay una calle, una esquina que se llama la “esquina colorada”. En este momento uno pasa por ahí, y no hay nada que lo refrende, ni carteles ni casas coloradas. El nombre pasó a ser nombre propio, sin embargo, el espacio era un conjunto de casas coloniales de color rojo ninguna de las cuales existe. Sólo queda el nombre del lugar que le daban a esas casas que ya no existen y ya nadie se recuerda ni del color rojo de esas casas, sin embargo, para gran parte de la comunidad de San Felipe, la “esquina colorada” es un referente de ubicación absolutamente cotidiano.

Creo que estos ejemplos nos muestran de qué manera continúa existiendo una dimensión distinta de lo que es la historia. Desde nuestra organización CIEM Aconcagua, hemos hecho un trabajo sistemático de recuperación de esas historias locales. Hay diez libros publicados en torno a estos pequeños relatos de las propias comunidades, de sus propias fotografías y de sus propios sentidos comunitarios; pero, más allá de la publicación de estos libros, lo interesante es cómo una comunidad se da cuenta, se reencuentra con esa memoria que no la niega, que la hace consciente, que la vuelve a conversar. A partir de ahí, esa comunidad tiene también la posibilidad de pensar el futuro de una manera más libre, bastante más propia, a partir de los elementos que le son identitarios, y no queda tan a la influencia de los elementos externos de esta historia. Por lo tanto, creo que el entender lo que está pasando hoy día en este territorio es que la comunidad se ha activado en torno a su memoria. Es un proceso fuerte de autonomía de ratificación de un sentido de identidad propio de una comunidad que se resiste a ser sólo una parte más de un país.

EL ARTE COMO PROCESO SOCIAL

Un tercer componente, que me parece importante, tiene que ver con otra dimensión del trabajo cultural que nuestra organización ha estado impulsando a través del

Centro de Artes y Oficios Almendral, que tiene que ver con el arte. Esta dimensión del trabajo artístico que tiene, no sólo el sentido de la recuperación y redefinición de la estética, sino también tiene que ver con un proceso social de carácter identitario. Hablamos de una cantidad diversa de expresiones artísticas de todo tipo que, de alguna manera, están siendo realidad desde una parte de los artistas y cultores locales, que están relacionándose con esta recuperación de la historia, con esta identificación de lo patrimonial como algo vigente, como algo real, que empieza a tener un efecto interesantísimo en nuestra comunidad, no sólo en el trabajo que ellos hacen, sino también en cómo la comunidad empieza a relacionarse con esas nuevas y distintas expresiones artísticas.

Desde nuestra perspectiva, están constituyendo en un sentido identitario nuevo, algo está pasando en Aconcagua, algo está pasando en Putaendo. Cuando la comunidad de Putaendo decide pintar las casas de sus calles, con murales –no cualquier mural– sino con murales que hacen referencia a la historia de esa comunidad. Esta recuperación histórica está inundada de un sentido estético extremadamente fino, que a su vez se asocia a expresiones de futuro de cómo Putaendo quiere vivir en una ciudad limpia; cómo la comunidad decidió que quería que su centro histórico fuera declarado zona típica y, por lo tanto, fuera considerado como monumento nacional,

reconocido no sólo por lo que vienen de afuera sino por ellos mismos. Entonces en esos espacios está pasando algo y algo también nos pasa a nosotros con ello.

Se trata de espacios públicos abiertos a la comunidad o casas de personas que empiezan a incorporar nuevos sentidos de la estética en su vida cotidiana en forma pública y en sus espacios privados. En general, se entiende el trabajo del arte como aquella vanguardia que está adelantándose, anticipándose a los signos de los tiempos. Hoy día en Aconcagua no sólo se están anticipando, sino que lo están haciendo con cierto sentido de anclaje en los elementos de identidad muy evidentes. Nos parece que lo que está sucediendo es que hay un tránsito a través de los tiempos, pero no de un presente hacia un futuro, sino desde un pasado hasta un futuro. Esto lo podemos ver en una cantidad importante de trabajo artístico, en este caso estoy hablando de la pintura, pero podemos encontrarlo en la música, en la danza, en el teatro, en una amplia gama de expresiones artísticas que es más fácil mostrar a través de la pintura, pero que sirve para entender que hay una reapropiación de los símbolos patrimoniales, de los símbolos de la historia y de la prehistoria, para proyectarlos en arte, aplicando técnicas modernas y una serie de sentidos de futuro.

Entonces hablábamos de que lo que está sucediendo en

Aconcagua, es una activación de la comunidad en torno a su historia y su arte, en torno a su patrimonio y que tiene que ver no sólo con entender que estamos hablando de algo bonito, de algo pintoresco, sino de algo sobre lo cual la comunidad también tiene que hacerse responsable. No basta con decir “qué bonito el paisaje que tenemos, ofrezcámoslo al mundo y traigamos miles de turistas”, porque sabemos que eso implica un enorme deterioro de nuestro paisaje identitario.

Lo mismo sucede con los saberes. Si pensamos en Pomaire, por ejemplo, hoy día podemos imaginar que hay una triste historia, cuando vemos la greda pintada con los colores de la Universidad de Chile o Colo-Colo. Lo que está pasando en Aconcagua es que hay gente interesada y trabajando activamente en que eso no suceda. No significa que el patrimonio no se pueda ingresar al mercado, o que estas expresiones no se puedan enriquecer, claramente se enriquecen, se nutren de nuevas técnicas, de nueva creatividad de los artesanos locales, pero se nutren resguardando un sentido identitario que mantiene una cierta coherencia cultural y que a nosotros nos parece un signo muy potente de una fortaleza identitaria local que se resiste, que intenta mostrarse hacia afuera pero también intenta mantener aquello que le es propio, que le da sentido y cohesión.

Y que, además, le puede aportar un sentido de futuro importante.

SENTIDO DE SUSTENTABILIDAD CULTURAL

Así, hemos entendido que los procesos culturales son procesos sociales, donde se va resignificando y reelaborando esa significación social y se está también constituyendo en un elemento importante de cohesión social. Por lo tanto, nuestros aprendizajes o nuestras conclusiones a partir de este trabajo que durante ocho años hemos hecho, tiene que ver con entender que el tema patrimonial no puede limitarse a su mera administración, sino que hay que entenderlo de una manera identitaria y en un sentido comunitario y local.

Entendemos que ese esfuerzo por sostener la identidad local es un esfuerzo también por aportarle un sentido de diversidad cultural a nuestra sociedad. O sea, que en la medida que una sociedad destruye o reduce su diversidad cultural, lo que está haciendo es empobrecerse culturalmente. Por el contrario, en la medida que la comunidad se activa, valora, defiende esa diversidad, lo que está también aportando es un sentido de futuro, de esperanza a la sociedad y hasta a la humanidad entera.

Pasa lo mismo con la biodiversidad, si ésta desaparece,

desaparecen las especies, y con ellas la posibilidad de adaptación en la tierra desde el punto de vista biológico. Pues bien, desde el punto de vista cultural creemos que sucede lo mismo, en la medida en que la diversidad cultural se pierde, lo que estamos teniendo es una pérdida de capacidad adaptativa del ser humano en esta tierra y en esta época. Nos empobrecemos y hacemos mucho más frágil nuestra continuidad como especie y, particularmente, como especie portadora de cultura.

En este sentido, nuestra labor tiene que ver con una apelación contra el centralismo, a pesar de que estamos en Santiago, creo que es importante decir que el valorar lo propio tiene que ver con diferenciarnos de los otros también y defender nuestra propia identidad tiene que ver con adquirir un sentido de futuro que sea más libre de aquello que está entendiendo el resto de la sociedad. Y si esto pasa en las regiones y al interior de Santiago, creemos que estamos en torno a un sentido de esperanza. Para nosotros, el futuro, el desarrollo, una visión ética del desarrollo, tiene que ver con esta opción, que sea socialmente responsable y culturalmente sustentable.